

suponen que esta región era la que hoy comprende la provincia de Lugo: y por último todos convienen en que el rey Miro no reinaba en la Rioja ni por lo tanto en nuestra provincia que estaba más distante, puesto que desde luego cuentan que el monarca suevo los excitó á la rebelión, lo que indica que no eran súbditos suyos. Sin duda ninguna que nuestros cronistas, al afirmar que la provincia de Savaria era la de Soria, se guiaron por la semejanza de los nombres y por lo que da lugar á presumir el título de Nuestra Señora del Mirón parecido al nombre propio del último rey suevo.

No se puede negar en absoluto, ni pasar por todo cuanto sobre este punto dicen los cronistas. En la duda quedamos pues, y aun rechazamos lo que se dice en una historia de Nuestra Señora de Valvanera y en una crónica de la Orden de Santiago, y es que Soria llegó á tal grado de prosperidad en el período visigodo que, á pesar de la invasión árabe, subsistieron respetadas por ésta nada menos que las iglesias de Nuestra Señora del Mirón, Nuestra Señora del Mercado ó de la Blanca, antes citadas, la de San Martín de Canales ó de los Caballeros y la de San Miguel de Montenegro. Muchos son estos santuarios para edificados en el corto espacio de cien años que mediaron desde la fundación hasta la venida de los árabes. Como ninguna de estas iglesias se conserva hoy en pie, no podemos examinar su construcción, único medio que tendríamos para salir de esta duda.

VI

Envuelta en las leyendas aparece la historia de los últimos años del período visigodo y los primeros de la dominación árabe en España.

Cuando Tarif triunfante se acercaba á Toledo, el arzobispo

Urbano y los demás sacerdotes, los nobles y los ricos huyeron despavoridos á refugiarse en las montañas del Norte, dirigiéndose hacia nuestra provincia. Mas en Medinaceli los alcanzó Tarif cargados con el peso de las sagradas reliquias y las joyas, que abandonaron á su perseguidor para huir con más presteza. Entre estas joyas iban las vestiduras de san Ildefonso, traídas del cielo, y la célebre mesa de oro y esmeraldas de la sala capitular de la Catedral de Toledo, que dió origen á la célebre disputa de Muza con Tarif ante el Califa de Damasco sobre quién se había apoderado de ella. Con motivo de esta adquisición, Tarif puso á Medinaceli el nuevo nombre de Medina-Talmeida, como si se dijera *Ciudad de la Mesa*, mas en lo sucesivo se usó la de Medinaceli, compuesto de la voz árabe Medina y el antiguo celtíbero de Ocile (1). Sin resistencia ninguna atravesaron los árabes nuestra provincia, que aquí también huyeron todos los nobles y los ricos y hasta el obispo de Osma huyó también, dejando á sus ovejas sin pastor. Así en pos unos de otros, árabes y cristianos, llegaron á las montañas de Asturias, donde repuestos los cristianos, hicieron frente y dieron á los árabes la famosa batalla de Covadonga que ganaron milagrosamente. Los árabes con este descalabro retrocedieron hasta las montañas Distercias de Soria, y en ellas se establecieron, levantando respetables fortificaciones con que hicieron de toda la provincia el punto estratégico más importante que tuvieron hasta la mitad de la época de la reconquista. Medinaceli fué la principal de todas estas fortificaciones, asiento del Gobernador y capital de todas ellas. Á su frente se extendían las demás, formando una extensa línea desde las faldas del Moncayo hasta la Peña de Alcázar, y desde ésta, por toda la margen del Duero, hasta San Esteban de Gormaz. Al Norte de esta línea se alzaba la

(1) Créese que la mesa en cuestión es alegórica y alude al cerro donde está asentada esta villa, que es una gran meseta cubierta en primavera de verdor, con que pudo decirse de esmeralda, tomando la expresión en sentido metafórico.

fortaleza de Calatañazor como punto avanzado hacia las Sierras Distercias, y entre las principales plazas, que lo eran las de Agreda, Almenar, la Peña de Alcázar, Almazán, Berlanga, Gormaz, San Esteban de Gormaz y Osma, se levantaban una multitud de castillos y atalayas por cuyo medio se ponían todas en comunicación telegráfica (1). La sierra Cebollera, por lo tanto, y el puerto de Oncala, que son hoy los límites de la provincia por la parte del Norte, fueron desde un principio también la línea divisoria, con el Duero, de los reinos cristianos y árabes.

En esta situación permaneció Soria más de doscientos años ocupada en su totalidad por los árabes, sin que los cristianos se atrevieran á atacarlos en tan fuertes posiciones. Los emires de Córdoba tuvieron el acierto, sin duda alguna, de encomendar su defensa á gobernadores leales, y por más que en diferentes ocasiones se alzaron contra ellos los de Zaragoza y Toledo proclamándose independientes, la insurrección no llegó nunca á esta parte, con lo que les fué posible contener desde aquí el empuje de los cristianos. Estos con facilidad rebasaban por la parte del Oeste la línea del Duero y llegaban en sus excursiones hasta dar vista á Sevilla y Toledo; pero todo tenían que abandonarlo, volviéndose á sus reinos de León y de Castilla, porque los Califas, cuando así se veían molestados, reunían un grueso ejército en la Estremadorig ó Celtiberia (que así se llamaba nuestra provincia de Soria) y por ella penetraban, atacando con ventaja en el corazón de los reinos cristianos. El rey de León Ordoño II fué el primero que se atrevió á acometer á los árabes en estas fuertes posiciones (914 á 924). Con el mismo ó mayor arrojo que sus antecesores, penetró en tierras de moros, pasando al otro

(1) De todas estas fortificaciones y atalayas se conservan aún visibles restos y algunas en pie, revelando lo bien dispuesto que tenían los árabes este país para la defensa, y la importancia que nuestra provincia tuvo durante la dominación árabe y la de la reconquista. Esta era, según los historiadores de aquel tiempo, la puerta por donde lo mismo los moros de Córdoba que los de Toledo, hacían su entrada en Castilla.

lado del Duero por la parte de su reino, y taló como de costumbre las tierras enemigas. El califa Abderrahmán III al saber esto, dispuso que un grueso ejército de musulmanes penetrara por nuestra provincia, desde cuyas fortificaciones podía acometer al enemigo, y en todo evento tener una retirada fácil y segura. No los esperó el valiente Ordoño, antes bien saliéndoles al encuentro, les hizo frente en San Esteban de Gormaz, donde los venció y puso en huída hasta la villa de Atienza, sembrando el campo de cadáveres musulmanes.

Al año siguiente se dió en Navarra por las armas combinadas de los moros de nuestra provincia y los de Zaragoza, la batalla de Valdejunquera contra el rey D. Sancho García Abarca, al cual auxiliaba Ordoño II, en que fueron derrotados los cristianos entre Estella y Pamplona, y pasados algunos años, al advenimiento del rey Ramiro II de León, volvieron á repetirse análogas refriegas. Este monarca, tan belicoso como Ordoño, atacó del mismo modo á los moros en sus tierras, penetrando por las fronteras de su reino hasta Magerid (Madrid) y Talavera. El califa Abderrahmán III dispuso como siempre que en la Estremadorig ó Celtiberia se reunieran las tropas convenientes y entraran en Castilla en justas represalias. El conde Fernán-González, que ya gobernaba en Castilla, al ver estos preparativos, pidió auxilio á D. Ramiro, quien acudiendo á tiempo le dió la batalla en los campos de Osma, logrando de los moros la más completa victoria. Inmediatamente se fué á su reino para volver con más gente, y continuando la guerra hizo gran matanza de enemigos y multitud de prisioneros, avanzando hasta cerca de Zaragoza, cuyo rey moro le ofreció sumisión y prometió pagar un tributo. Los historiadores árabes sin embargo atribuyen á los suyos también la victoria, y aun dicen que el caudillo que guiaba las tropas musulmanas, Almudafar, entró en medio de aclamaciones en Córdoba.

Por su cuenta después Fernán-González continuó el ataque contra los moros celtíberos (de Soria) tomando por sorpresa el

fuerte de Carazo, que estos ocupaban como punto avanzado á la entrada de Castilla, hoy provincia de Burgos, y sin perder tiempo puso sitio á la bien defendida plaza de Osma. Tres días duró el cerco, al cabo de los cuales la ciudad de Osma cayó en poder de los cristianos, quienes pasaron á cuchillo á cuantos moros hubieron á las manos. Un caballero, Gonzalo Téllez, se encargó de repoblar á Osma, y en ella puso por obispo á don Silo, monje que vivía retirado en los montes de Arlanza (911).

De Osma pasaron los cristianos al castillo de Gormaz del que se apoderaron también en breve, y cuenta el cronista de Cardena (1) que al otro día un moro, acompañado de unos cuantos de los suyos, escaló de noche la muralla, y matando á los centinelas dormidos, creyéndose dueño de la plaza, gritó entusiasmado: «Velad, veladores, velad». Oyólo Fernán-González, y acudiendo á tiempo con su gente, les dió muerte, arrojando los cadáveres por la muralla. Á la mañana siguiente vieron el campo todo lleno de moros que esperaban sin duda la consigna para dar el asalto. Salieron en su persecución los cristianos y en precipitada fuga los llevaron hasta Calatañazor, dentro de cuyas murallas se pusieron en salvo. Esta debió ser la ocasión en que Fernán-González, dejando encerrados á los moros en la plaza de Calatañazor, cuya fortaleza era verdaderamente inexpugnable, pasó adelante y llegó hasta Soria. El caudillo castellano, conociendo las buenas condiciones de este sitio como punto estratégico, intentó sin duda hacer de él una plaza fuerte para defender el terreno conquistado, y al efecto comenzó la construcción del Castillo, poniendo los cimientos á la primera de sus tres murallas; pero tuvo que abandonarlo por ser punto aún demasiado avanzado para sostenerse en él, replegándose con prudencia á la plaza de San Esteban.

Comprendiendo el califa Abderrahmán III que la Celtiberia peligraba ante el arrojo del cristiano Gundisalvo, que así llama-

(1) El P. Carranza, Crónica del Monasterio de Cardena.

ban los árabes al intrépido Fernán-González, mandó un numeroso ejército á las órdenes del valeroso y entendido general-poeta Galib, la figura más interesante que aparecería en los anales árabes, si su gloria no hubiera sido traidoramente eclipsada por el célebre Almanzor. El poeta llegó á la provincia de Soria, y sorprendiendo á los cristianos en un angosto sitio entre el Duero y San Esteban de Gormaz, les puso en el duro trance de pelear ó morir: como Tirtio en Grecia, entusiasmó á sus soldados con un canto guerrero, parto de su imaginación, y las aguas del Duero se tiñeron de sangre de cristianos (1).

Apoderado Galib de San Esteban, Fernán-González, con fuerzas aún bastantes, puso sitio á Sepúlveda (provincia de Segovia), y Galib se dirigió en seguida con toda su gente á defenderla; pero Fernán-González, tomándole la vuelta, se apoderó otra vez de San Esteban. Después de estos encuentros, creyeron unos y otros conveniente hacer pactos y treguas por cinco años, y entretanto el rey de Navarra Sancho Abarca, ganando la batalla de Nájera y acometiendo por la parte de Yanguas, atravesó la sierra de Oncala y se hizo dueño de todos los pueblos que hay hasta Garray, los que agregó al obispado de Calahorra (2).

(1) Según parece, esta batalla no tuvo lugar entre el Duero y la plaza de San Esteban, sino entre el mismo río y el desfiladero de Peña Tajada, hoy denominado por el vulgo Peña la Vara, situado al pie del cerro de Osma por donde pasa el río Ucero un poco más abajo de su confluencia con el Abión. En este sitio y el inmediato llano que se extiende una legua hacia el Duero, se encuentran aún los restos de los muertos en la pelea y se señala un sitio con el título de las Calaveras. Los versos que Galib compuso para animar á sus soldados, se traducen en los romances de este modo:

De un lado nos cerca el Duero,
del otro Peña Tajada,
la salida está en vencer
y en el valor la esperanza;
la sangre de los infieles
enturbie del Duero el agua.

(2) Sábese esto por una carta de donación que cita el historiador Loperráez, por la que tres años después el rey y su madre D.^a Toda daban al monasterio de

Los cinco años de treguas con otros diez, transcurrieron sin más refriegas que las que promovía el intrépido Fernán-González, vecino por sí solo más molesto que temible, quien en su afán constante de ensanchar sus estados, jamás estaba en paz. El prudente Alhakém II, hijo de Abderrahmán III, deseando acabar de una vez con él, vino en persona, y penetrando en tierra de cristianos, se apoderó de San Esteban de Gormaz, de Osma y otras plazas, llegando hasta Simancas (Valladolid), desde donde volvió á su corte de Córdoba, dejando para mayor seguridad al frente de sus tropas al poeta Galib, único á quien había temido y respetado el tenaz Fernán-González. Lo primero que hizo Galib fué establecer su cuartel general en Medinaceli; desde allí, en combinación con el walí de Zaragoza, acometió á García Sánchez el Temblón de Navarra, quitándole todas las tierras que tenía desde Garray hasta la sierra de Oncala, é invadiendo la Rioja se apoderó de Calahorra; seguidamente se volvió contra Fernán-González y le quitó á San Esteban de Gormaz, recobrado por éste después de la toma por Alhakém II, obligándole á respetar la convenida tregua.

Una sublevación de los edrisitas súbditos del África, en la cual fueron seguidamente derrotados tres caudillos enviados para sofocarla, obligó al prudente Alhakém á llamar á Galib, quien dejando encargada la defensa de la frontera del Centro

San Millán la iglesia de Santa María de Tera. En virtud de esta conquista, más adelante el conde D. Sancho García y su yerno D. Sancho el Mayor de Navarra, para evitar cuestiones, hacían un deslinde por el que los límites de Castilla con Navarra se fijaban en la línea marcada por los puntos siguientes: empezando por el alto de la Cúcula (hoy mal llamado de la Brújula) hasta el río de Valvaneda, Pico de Urbión, por el collado de Vicierca, Peña Negra, nacimiento del río Razón; sierra Calcaña y por medio del Valle de Gazala, donde hay un molino (hoy Molino de la Pradera) hasta Garraya y el Duero. Aquí se suspende la demarcación, lo mismo en la relación de Loperráez que en la de la crónica del monasterio de Cardena, lo que indica que de allí en adelante nada tenía que ver el monarca de Castilla, porque esta región del E. era de moros, no sabemos si hasta la sierra, ó si por la línea recta de Garray á Agreda, población que también debía pertenecer á Navarra, porque, según Méndez Silva (en su *Diccionario de las poblaciones de España*), fué tomada de moros por el rey D. Sancho Abarca.

(Extremadorig ó Celtiberia morisca, hoy provincia de Soria) á los walíes de las plazas de la misma, partió inmediatamente á recibir las instrucciones del califa. El conde de Castilla D. García-ben-Fernandino-ben-Gondisalvo, como le llaman los historiadores árabes, aprovechándose de esta ausencia repasó la frontera y penetrando hasta el interior atacó á los moros de Deza y territorios inmediatos que constituían el gobierno de los Banu Amril, quemando los sembrados y llevándose muchas caballerías. Zarwel y Madhe, hijos de Amril, gobernadores de la región, salieron tras él y recobraron los ganados y botín, matando algunos de los rebeldes que llevaban la presa: mas de repente viéronse sorprendidos por fuerza mucho mayor de caballería que el *marrano* D. García tenía apostada en un barranco y la derrota de los moros fué completa, muriendo muchos de ellos, y uno de los caudillos, el walí Zarwel, atravesado por un bote de lanza por cuya herida espiraba (jueves 12 de Dzulhicha, 3 de Setiembre de 974 y 363 de la hégira). El sitio de la batalla fué Fahs Albaracat, hoy Alboreca, según el Sr. Saavedra, en las inmediaciones del castillo de Madhe (1).

(1) Este suceso y el que sigue de la campaña de Gormaz se hallan consignados con todos sus detalles en la historia árabe de Aben-Hayyán, en el tomo de Almoktabís, existente en Constantina, descubierto y traducido por el orientalista D. Francisco Codera.

Hállase en esta historia también la interesante noticia de que á fines de Rachel del año 361 de la hégira, ó sea 17 de Mayo de 972, el califa Almoztánzir Villah confirió á los cinco hijos del difunto Amril-ben-Timlet el fronterizo, á saber: Abderrhamán, Haquem, Madhe, Galib y Zarwel, la investidura sobre el distrito de su padre Amril, repartiéndolo entre ellos por estar satisfecho de sus servicios. La ceremonia tuvo lugar en presencia de los wazires, en el palacio de éstos, con los trajes de honor y despidiéndolos con las espadas elevadas como se había hecho con los de Banu Razín, sus contemporáneos.

El distrito de Amril se repartió entre sus hijos de la manera siguiente: Abderrhamán fué investido con el mando del castillo Budiel, cuyas ruinas se ven, según el Sr. Saavedra, cerca del río Budiel que pasa por Almadronas en término de Castejón; Galib quedó en el mando del castillo de Ateca, su hermano Madhe en el de Peñarroya, hoy Villarroya ó tal vez Peña de Alcázar, junto al río de Carabantes, según Saavedra. El segundo de los hermanos, Haquem, no dice el historiador qué plaza se le diera, y como en este reparto no se cita el castillo de Deza, sospecha el Sr. Codera que le correspondió esta plaza.

Del nombre del distrito militar de Amril quedan recuerdos, según el Sr. Saa-

Ocurría esto á la sazón en que de parte del mismo conde D. García se encontraban en Córdoba unos embajadores enviados para confirmar la paz y tregua establecida desde Fernán González, su padre, y proponer la continuación de la misma. Al saberlo el califa Alhakem, se limitó á ordenar á los embajadores que se retiraran inmediatamente á su país; mas como éstos, lejos de obedecer, se negaran á ello y aun intentaran dar muerte al Correo que les comunicaba la orden, Alhakem envió tropas que los prendieron y encerróles en dura prisión.

Poco tiempo después del ataque de Deza, tuvo lugar la famosa campaña de Gormaz, de que da cuenta también el historiador Aben-Hayyán.

Hallábase el generalísimo Galib al otro lado del estrecho haciendo nuevamente la guerra á los rebeldes edrisitas, cuando los príncipes cristianos rompiendo la tregua atacaron al castillo de Gormaz. Entre los coaligados que acometían al castillo figuraba el conde de Castilla D. García-ben-Fernandino-ben-Gundisalvo, y presenciaba la pelea D.^a Elvira con su sobrino el rey D. Ramiro-ben-Sancho ben-Ramiro.

Para defender esta plaza tuvo que volver Galib de la corte, é inmediatamente hizo los mayores preparativos. Acampado junto al castillo de Barahona, esperó á que se le reunieran las tropas necesarias, que fueron muchas y las más escogidas, y puesto al frente se volvió hacia Berlanga y se situó en un cerro á la orilla del Duero, pasado el cual se encontraba la plaza. Los cristianos rodearon el castillo é imposibilitaron el paso del río de tal manera, que Galib no pudo atravesarlo para socorrer á los suyos; mas éstos, haciendo un esfuerzo, salieron del castillo y se trabó la batalla, en la que los cristianos fueron rechazados y dispersados, quemado el campamento de la retaguardia y ro-

vedra, á quien D. Francisco Codera consultó sin duda para sus comentarios sobre esta traducción, en el arroyo de Torre Amril que pasa por Noviercas al norte de Deza (*Boletín de la Academia de la Historia*. Mes de Marzo de 1889. Informe 1.º por D. Francisco Codera).

bados todos los enseres que dejaran abandonados. Con esto ya el generalísimo Galib atravesó el río y todos juntos penetraron en el país del *marrano*, *infractor de pactos* y *cobarde* García-ben-Fernandino-ben-Gundisalvo con su ejército.

El poeta Galib atacó talando los campos de San Esteban y rechazó á los cristianos hasta cerca de Langa, volviendo cargado de botín. García tuvo que llorar la destrucción de sus sembrados del campo de San Esteban. La noticia de esta victoria se leyó en las dos aljamas de Córdoba y Azzahra el viernes 4 del mes Dzulkiala de este año (14 de Julio de 975) (1).

Pero Galib murió traidoramente asesinado, después de mil intrigas, por mano ó sugerencias del célebre Almanzor (2), quien, por variar, adoptó el plan de las dobles gazúas ó campañas anuales, acometiendo por el terreno llano de las fronteras de León. Al cabo de cincuenta campañas cayó en la cuenta de que el punto más á propósito para dar en todo caso el golpe de una vez, era la Celtiberia. Al efecto se reunieron tropas de toda la España mu-

(1) *Boletín de la Real Academia*. Mayo de 1889. Informe por F. Codera.

(2) Este es otro episodio recientemente hallado en las historias árabes. Según parece, á la muerte de Alhakém II era Galib hagib del interior, y al mismo puesto ó rango fué elevado Almanzor por la sultana Sobeya, madre de Hixém II, sucesor de Alhakém. Almanzor, aspirando á ser solo en el mando, discurrió la manera de deshacerse de Galib, apelando á la intriga; mas como no lograra su objeto, acudió á un medio extraño, cual fué pedir la mano de Asma, hija querida de Galib. Aceptó éste para su hija el buen partido que con Almanzor se le ofrecía, y celebradas las bodas, estrecharon sus relaciones, por parte de Galib de buena fe. No sucedía así con Almanzor, quien, valiéndose de la confianza que le daba su título de yerno, buscó la ocasión propicia para deshacerse de su rival: descubriólo Galib, y llamándole á una pieza escondida de una torre, le echó en cara su perfidia y se arrojó con su daga sobre él. Saltó Almanzor por la ventana de la torre y se lanzó al abismo, pero la suerte quiso que sus vestidos se enredaran en el alero del tejado, y á él asido se salvó milagrosamente. No por eso desistió de su pensamiento: en ocasión en que ambos salieron á sofocar una sublevación, Galib cayó de su caballo, y sin saber cómo, quedó muerto en el campo. La voz que se extendió fué que el poeta había muerto de una caída del caballo; mas, según rumores vagos, la caída había sido preparada por Almanzor y la muerte violenta. La bella Asma recibió con resignación la noticia de la muerte de su padre, y por más que á sus oídos llegaron los rumores de que el asesino había sido su mismo marido, disimuló, cumpliendo con los deberes de esposa (*Apuntes inéditos para la historia de Medinaceli*, por D. Isidoro Velasco).